

á las grandes masas de pueblos del centro del Asia, aun dentro de una íntima unión política, separación que todavía se deja sentir en el hecho de haber caído los turcos bajo la dominación rusa y bajo la china los mogoles, y como ya antes el budhismo se había apoderado de los segundos y el islamismo de los primeros, las fronteras religiosas coinciden en su mayor parte con las políticas. Los mogoles, además, enlazaron desde un principio su destino con el de Tibet, siendo por ende difícil señalar la frontera hasta donde extendieron su soberanía los tibetanos ó tangutes en la época de su florecimiento, es decir, en los siglos octavo y noveno despues de J. C. Se observan entre los turcos huellas de otros contactos anteriores, quizás con Persia; así lo indican costumbres como la de escupir en el fuego, apagar el fuego con agua, volver la espalda al hogar, soplar manjares calientes y limpiar con fuego.

La leyenda genética de los tibetanos no habla de los turcos: según ella, en un principio un hombre vivía con sus tres hijos en la alta meseta, pero no en casa ni en tienda sino vagando sin cesar; el país tenía árboles que daban los más ricos frutos, arroz que prosperaba espontáneamente y plantas de te formando aquellos campos que Budha convirtió después en llanuras pedregosas y los cuatro únicos seres vivientes que lo habitaban vivían unidos y contentos sin saber lo que eran la lucha, la guerra y otros trastornos. De repente enfermó el padre y murió, y habiendo querido apoderarse cada hijo del cadáver para enterrarlo á su manera, se inició la primera contienda hasta que convinieron los hermanos en repartírselo. El mayor tomó la cabeza, se marchó al Este y fué el padre de los chinos que se distinguen por su astucia y por su talento mercantil; el segundo se contentó con los miembros y fué á establecerse allí donde las inmensas llanuras del Gobi ofrecen á sus descendientes, los mogoles, ocasión de andar, á pesar de lo cual el rasgo saliente de éstos es la indolencia; el tercero cargó con el pecho y el estómago y se quedó en Tibet creando el pueblo tibetano, bondadoso, franco y sensible en la vida ordinaria, pero valiente y temerario en la guerra.

Vambery ha estudiado los idiomas turcos obteniendo testimonios valiosos para el conocimiento de un anterior estado de cultura: la gran estabilidad y el carácter aglutinativo de esas lenguas facilitan ese trabajo. Ese autor nos demuestra que entre los turcos la palabra invierno deriva de tiempo de nieve, que frío y viento proceden de la misma sílaba radical y que hay palabras originarias para expresar los conceptos de patín y de alce; de aquí que no podamos situar la primitiva patria de los turcos más al Sud de los alrededores de las fuentes del Angara, del Ienisei, del Irtisch y del Ob. Para mar y río no hay palabras turcas. La carne, según testimonio del idioma, fué entonces el principal alimento y el mijo el principal grano: el arroz y el sorgo son palabras tomadas de otras lenguas. El laboreo de los metales no fué probablemente familiar á los antiguos turcos, que seguramente lo conocieron por aquellos altaios finico-úgricos á quienes se atribuyen las minas chúdicas del alto Irtisch, Ischim, Tobol y Bjala. Plomo y bronce son en turco palabras de origen mogol.

El tronco originario de los pueblos turcos está, cuando se nos aparece por vez primera, entre las tribus finico-úgricas, al Norte, y las influencias persas al Sud, siendo sorprendente la desaparición de huellas del trató chino y de influjos budhistas que en otro tiempo debieron existir. Es probable que los turcos aprendieron de los pueblos finico-úgricos del Altai algunos oficios, especialmente el laboreo de metales y que en el primer milenario después de J. C. el tráfico de Perm á la estepa por el Irtisch llevó á los turcos

elementos de cultura úgricos, al paso que en los nombres de Dios (en persa *isdan* y en magiar *isten*), santo, espíritu y hechicero se ve la influencia de los persas compensada en cambio por la que sobre éstos ejercieron los turcos en palabras referentes á ganadería, ejército y caballería. Estas influencias recíprocas no aparecen por vez primera con los conocidos contactos turco-persas ya pacíficos, ya guerreros del período postmuslímico, como lo prueba la presencia de palabras persas en el idioma de los magiares separados de los turcos con anterioridad á aquella época y de algunas palabras turcas entre los antiguos iraníes. Para los bizantinos fueron los turcos lo que para nosotros son los kirguises ó los turcomanos: un pueblo guerrero de nómadas y jinetes, dividido en tribus y familias, aguerrido y de sencillas costumbres. Si á esto añadimos los testimonios de la vida actual y de la acción histórica de los turcos, tendremos un pueblo en su modo de ser íntimo cada vez más nómada, en su inmensa mayoría errante, desde tiempo inmemorial, con sus rebaños de caballos, ovejas y camellos por las hondonadas cubiertas de hierba y de juncos que se extienden desde el Altai al Volga, alimentándose sólo de leche, carne y grasa y vistiéndose sólo con pieles. El afán de moverse impulsó á este inquieto pueblo hacia el Sud y allí le hizo luchar constantemente con los iraníes para traspasar la zona de estepas. De igual modo nos imaginamos á los mogoles del Nordeste del mismo territorio, es decir marchando hacia el Sud, unidos con las tribus occidentales turcas, avanzando con éstas y separándose de ellas después de larga vida en común.

Para la caracterización de estos pueblos tenemos, en las estepas de Siberia, los sepelios y los objetos de metal de las tumbas chúdicas. En el Ienisei, los sepulcros son dólmene, muy semejantes á los de Alemania, y círculos de piedra: en el Irtisch sólo hay montones de piedra. En éstos como en aquéllos se encuentran en abundancia objetos de oro y de cobre: de cobre son las puntas de lanza y de flecha, puñales, destrales, cuchillos y utensilios domésticos, que, así como los adornos de oro, abundan más en el Irtisch que en el Ienisei, pero en cambio las armas que en éste se descubren son más pulimentadas y los objetos de cobre más artísticos. De aquí puede deducirse que á mayor cultura corresponden mayor población, mejor organización y empuje más potente y que las más activas tribus nómadas proceden del Oeste, en donde radica también su principal industria, la minería chúdica que se desarrolló en el Altai y sobre la cual fué Pallas el primero en llamar la atención. Estas minas indican un trabajo primitivo pero activo y extenso, siendo muy probable que de ellas procedan las riquezas de las tumbas chúdicas del Irtisch. Los trabajadores de las minas chúdicas carecían de instrumentos duros: el hierro les era desconocido; sus picos eran de cobre y sus martillos consistían en piedras largas, redondas y fuertes con una ranura á la que se ajustaba una correa que se ataba á un mango de madera. Junto á un esqueleto de un minero se ha encontrado un saco de cuero lleno de ocre aurífero, que era lo que principalmente buscaban esos trabajadores, puesto que no podían cavar en la roca dura: en las rocas blandas llegaban á practicar agujeros de 5 y 6 toesas.

En los *kurganes* del Sudoeste de Siberia no hay sepulcros de piedra, sino que los cadáveres están cubiertos con ramas de abedul: los esqueletos miran hacia el Este y los presentes funerarios consisten siempre en trozos de oveja, que es el animal de los sacrificios, y se colocan sobre la cabeza, el pecho, el costado derecho ó el izquierdo del cadáver. Algunas veces se encuentran en las tumbas armas y

adornos pobres, de hueso ó de hierro las primeras y los segundos de hueso, de cuarzo pulido, de cristal fundido ó de cobre. Los restos de cacharros de arcilla son raros, los fragmentos de tejidos abundan más, el cobre se encuentra fundido y el bronce falta por completo. Las colinas funerarias son pequeñas, redondas, de 6 á 10 metros de diámetro, $\frac{1}{2}$, ó 1 de altura y todas de tierra amontonada. Sin embargo en el gobierno de Ieniseisk entre Atchinsk y Minusinsk se han descubierto algunas coronadas por figuras de piedra (*babas*) que parecen kirguises. Pallas vió extendidas desde el Dnieper y el Donetz hasta Kubán y Terek imágenes de piedra de tipo mogol: éstas escasean en el territorio del Volga, son más frecuentes en el Irtisch y muy numerosas en el Ienisei, y deben ser muy antiguas, pues ya Ammiano las encontró en las orillas del Ponto. En Smei-nogorsk se descubrió un túmulo octogonal con esqueletos de caballo y al lado otro rectangular con un cadáver humano, ambos rodeados de un círculo de piedra. Los cráneos que contienen los kurganes, según Eichtal, tienen más de turco-tártaros que de mogoles y el estudio de algunos esqueletos hallados en un kurgán cerca de Barnaul acusa en los cráneos un carácter mogol degenerado como el de los actuales turco-tártaros.

CAPÍTULO III

MOGOLES Y PUEBLOS TURCOS

«Pueblos de gran propagación geográfica, cuya indomable afición á emigrar y cuyo espíritu guerrero han causado los más importantes trastornos en la historia de Asia y de Europa y producido algunos interesantes enigmas etnológicos entre los pueblos del antiguo mundo.»

VAMBERY.

Traje, adornos y armas. — Ganadería. — Agricultura. — Riego. — Caza. — Pesca. — Tienda, casa y ciudad. — Industria. — Comercio. — Centros y vías mercantiles. — Condición de la mujer. — Esponsales y matrimonio. — El *Kalim*. — Poligamia. — Poliandria. — Celibato. — Educación de los niños. — Distribución de la propiedad. — Propiedad territorial de las tribus. — La *gens* y la tribu. — La horda. — Relaciones de dependencia. — Fusión de nombres de gentes y de tribus. — Los príncipes. — Diversos grados de lealtad. — Mogoles dependientes. — Política china en la Mogolia y política persa en los territorios turcos.

Los mogoles y los turcos tomaron primitivamente sus vestidos casi exclusivamente de sus rebaños, pero el comercio les llevó cada día más telas tejidas que su industria supo imitar y las modas china y persa influyeron mucho en ellos. Sólo los kirguises kasaks llevan aún la piel de un potro sin cola como sobretodo y los mogoles de Tsaidam usan, sin distinción de sexos, una toga de fieltro sobre el cuerpo desnudo, y en invierno, además, una piel: los calzones de cuero son aquí de uso general. Entre los nómadas, pobres y ricos llevan las mismas prendas de la misma tela: toda la tribu de los karakirguises viste uniformemente, lo cual prueba cierto exclusivismo. El hijo de las estepas gusta de vestiduras más bastas y gruesas que el afeminado sarte ó tadchik; el usbeko se atiene á las telas recias, pero se deja seducir por los colores chillones al paso que el kara kalpako no se aparta del color pardo. El nómada que pasa la mayor parte de su vida á caballo prefiere el traje rígido; el sedentario, influido por las costumbres mahometanas, acepta pronto las prendas bombadas y flotantes.

Los principales elementos del traje de los pueblos pastores son el *chalat* y el gorro alto y cónico de piel de ove-

ja: el *chalat* es un kaftán, especie de camisa, de lino para verano, y de piel, fieltro ó tela acolchada para invierno; los ricos suelen llevarlo en invierno de fieltro forrado y adornado con pieles preciosas. Las mujeres, cuando salen á la calle, llevan un *chalat* sin cinturón, con cuya punta se tapan la cara las que no usan velo. Llevar el *chalat* vuelto del revés es signo de luto. Los tibetanos, tangutes y mogoles de Tsaidam, á pesar de la crudeza del clima de sus residencias, llevan el brazo y el pecho derechos descubiertos, quizás por el deseo de parecerse también en esto á Budha, tal como se lo representan. Los pobres usan en vez del *chalat*, que con el turbante dejan para los ricos, una piel con mangas en invierno y en verano una holgada túnica parecida á la de los chinos; allí donde ha penetrado el comercio de éstos, sus tejidos de algodón azules constituyen la tela generalmente usada. Análogo al *chalat* es el *tchapán* de los turcomanos que encontramos hasta entre los baskirios y que está generalmente confeccionado con telas á listas estrechas de Khiva y Bokara; el que se usa en tiempo de guerra sólo llega hasta las rodillas; en invierno se llevan dos y hasta tres sobrepuestos. Larga camisa y pantalones metidos en altas botas completan el traje de ambos sexos: en verano las mujeres sólo usan largas camisas y van descalzas. Los altaios del Sud tienen el *tchegedek*, vestido femenino que en verano suple á la camisa y en invierno se pone sobre una piel y que las más veces es de tela azul: su corte se parece al del frac y además de las mangas, que sólo sirven de adorno, tiene dos agujeros para meter los brazos y todo él está ribeteado con cintas encarnadas, abrochándose en el cuello con dos botones de cristal encarnado. Altaios son también los impermeables de cuero. Las medias de fieltro son prendas de invierno y se atan con cintajos al rededor de la pierna. Los gorros de fieltro sin alas reemplazan en verano á los de piel de cordero que por su tamaño se utilizan también como almohadas. Entre las tribus semi ó del todo sédientarias, como las de Crimea, los hombres visten ora como los de la Pequeña Rusia, ora como los tcherkeses sin más diferencia que el alto gorro relleno por arriba de algodón: las mujeres se ponen sobre la camisa, abierta por delante y larga hasta los tobillos, los anchos calzones, la luenga túnica y una chaqueta turca con mangas cortas. Un cinturón con gruesos broches completa este traje. Las telas predilectas para las prendas de encima son la seda listada indígena y la tela con trama de oro. Los pueblos mahometanos del Asia central se abrochan las túnicas de derecha á izquierda, y los budhistas de izquierda á derecha.

Los peinados son tan sencillos entre los hombres, que se rapan al estilo mahometano y entre los cuales el cabello largo es signo de laxitud religiosa, como complicados entre las mujeres. La venda frontal verde del emir y el turbante blanco del hadji aparecen también entre los nómadas del Asia Menor y de los países de la costa Norte del mar Negro. El peinado es á menudo lo único que en invierno distingue á los hombres de las mujeres y en algunas tribus las casadas se diferencian de las solteras en que éstas llevan una trenza y aquéllas dos. Las mujeres de los tártaros sedentarios gustan de ostentar muchas trenzas y como el dinero con que se compra á la novia suele invertirse en dijes, las casadas van más adornadas que las solteras: las kirguisias adornan sus trenzas con cuentas, conchas y botones de cobre; las puntas de las trenzas, de las que penden llaves, han de pasar del cinturón; de aquí que á veces se apele á pelos de caballos y de otros animales. Los pendientes de las turcomanas ricas son mayores que grandes brazaletes. Los mogoles se adornan el

pecho con sus tazas de te de plata y hombres y mujeres ostentan en el pecho vasijas de este metal con amuletos. Del tocado forman parte las gorritas de terciopelo encarnado con cuentas ó pedazos de metal brillante y de extravagantes formas y entre las turcomanas los peines de plata con botones de ágata roja. Hasta las pobres poseen su tocado y á menudo, además, un jubón guarnecido con cuentas ó botones de latón. Las monedas de toda clase son un adorno predilecto. Entre las primitivas tribus de las estepas la mujer lleva el gorro de honor, en forma de pilón de azúcar y adornado con cuentas, que se ha conservado entre las novias turcomanas y ha desaparecido entre las usbeas. Algunos trajes nupciales son riquísimos y están confeccionados con preciosas telas de seda entretejidas con oro y plata. Los afeites, con preferencia blancos obtenidos del plomo, el *hennéh* con que se pintan las uñas de las manos y de los pies, la agalla de tinte para las cejas y otros artículos análogos han pasado de los haremes de los ricos hasta las viviendas de las nogaias. El cubrirse el rostro no es costumbre general ni aun entre las mahometanas: en Turkestán se usan velos bastos de crin de caballo y las turcas del Norte se tapan la cara con la punta de la túnica. Los mogoles tienen la extraña costumbre de agujerear el tabique nasal y los lóbulos auriculares para preservarles de desgracia, y de algunos tártaros montañeses de Crimea se dice que aplastan las paredes laterales del cráneo de los niños con lo que alargan desmesuradamente sus rostros, levantan sus cabezas y agrandan sus narices de modo que, según Pallas, «los más moderados parecen sátiros.»

El nómada es un jinete armado, va de un lado á otro, hace la guerra, roba, y estima como partes integrantes de su persona su caballo y sus armas que constituyen una importante porción de su escaso patrimonio. En el botín de Gok-Tepe figuraban muchas armas antiguas, alabardas, lanzas, alfanjes, yelmos de hierro y armaduras persas, viejos arcabuces y también cañones de fundición persa y fusiles modernos. Pero en la práctica el arco ha sido hasta nuestros días el arma genuinamente nómada; de 30 años á esta parte, sin embargo, ha cedido paulatinamente su puesto, aun en las tribus lejanas, á los pésimos fusiles de mecha. La excelencia del arco debióse siempre á lo silencioso de su disparo, cualidad que hacía de él la mejor arma de caza y á la cual se debe que el nómada lo haya conservado. El gobierno ruso favoreció esta afición, pues temía menos á los arqueros que á los fusileros y en 1770 prohibió el uso de las armas de fuego entre los baskiros de Yaparaul. El arco, empero, no fué nunca de uso completamente general pudiendo considerarse la lanza como arma no menos propia de los nómadas. Firdusi habla de kasakos, verdaderos pueblos de bandidos armados de lanzas, y en el Tibet septentrional existen *piqueros*. No faltan entre estos pueblos combates á lanza y los turcomanos organizan solemnes desafíos parecidos á nuestros torneos de la Edad media. Los hulanos y los cosacos son un resto de estos guerreros de las estepas. Hachas de hierro en forma de destrál ó de azada como armas cortantes y arrojadas se han encontrado en abundancia en los territorios del Sudeste de Rusia en donde fueron frecuentes las incursiones de los tártaros. Como arma de largo alcance hay también la honda que es de gran uso entre los yograis del Tibet septentrional. El fusil de los mogoles y tibetanos, que llegó hasta ellos por conducto de los chinos, se dispara aplicando la mecha directamente sobre la pólvora y de él forma parte una horquilla hecha generalmente de cuerno de antilope que sirve para apoyar el arma al apuntar.

La ganadería tiene para los que desde hace siglos se han

hecho grandes con el nomadismo atractivos que no les ofrecen otras ocupaciones y menos que ninguna la agricultura; y esto no sólo puede decirse de los emigrantes bélicos sino que aun en el estado de paz la industria agrícola está en la estepa muy por debajo de la pecuaria. Los colonos rusos de la Transbaikalia se han hecho ganaderos como sus vecinos buretas, aun allí donde el suelo convida á ser agricultor, y como ellos gustan de emigrar.

La ganadería fomenta también la inestabilidad de estos pueblos porque incita al robo de reses, una de las más frecuentes causas de luchas entre tribus.

El objeto principal de los afanes y cuidados del nómada es el ganado del que dependen su existencia y su bienestar; por esto al encontrarse dos personas se preguntan primero por la salud de los rebaños y luego por la suya y la de sus familias. Los kirguises usan esta fórmula: «¿Cómo está el ganado y la vida?» Gran parte del valor de los animales domésticos se funda en que éstos representan el capital flotante: así el kirguis del alto Irtisch, tan rico en bueyes, presta sus animales al 100 por 100. En la accidentada vida de los pueblos nómadas los rebaños sin dueño y aun salvajes son el reverso del afán por aumentar los ganados. Cuando en 1870 Prschewalskij estuvo en el río Amarillo encontró muchos rebaños de camellos, bueyes y aun ovejas en estado salvaje cuyos dueños habían sucumbido dos años antes en la sublevación de los dunganes.

Las cordilleras del interior del Asia son tierras de pasto privilegiadas que los mismos agricultores con sus rebaños visitan en las épocas de sequía. Los arroceros de Masenderán se van en verano á la falda del Demawend y los agricultores de Laar á las mesetas de Udchán. La poca nieve de las cordilleras asiático-centrales permite á los pastores subir á grandes alturas, encontrando el ganado pastos aun en el Pamir durante el invierno. Pero los kirguises de esta montaña que tienen cortada por las residencias de otras tribus su retirada á las cálidas regiones bajas viven en la mayor miseria y sólo poseen unos pocos caballos y rara vez camellos, componiéndose sus rebaños de yacs y de ovejas que apenas bastan para alimentar y vestir á esa población poco numerosa y pobre y un tanto ladrona.

El número de caballos vigorosos, cuellilargos y de altos cascos es en las estepas extraordinario: el montar es para el mogol y para el turcomano una necesidad y aun los mismos pastores de ovejas mogoles guardan sus rebaños montados. Las memorias del gobierno ruso dicen que una familia kirguisa de cinco individuos de Semipalatinsk necesita para vivir 3 vacas, 15 caballos y 28 ovejas como mínimo, y aun cuando hay allí mismo nómadas más pobres el número de caballos no disminuye. La costumbre de que los ricos alquilen animales á los pobres se deja sentir principalmente en punto á caballos. Otras clases de animales, como el camello en el Turkestán oriental, van disminuyendo pero el caballo sólo falta en el territorio de Tarim. Los terrenos de pasto abundan en numerosos rebaños de caballos: Finsch contó en una aldea de Tomsk 500 habitantes y 1.500 caballos y los kalmukos del país del Volga meridional van, en la primavera, al mercado con rebaños de 1000 de aquellos animales. Los rebaños de yeguas con sus pollinos son tan necesarios á las familias kirguises para la preparación del *kumys* como á los mogoles el caballo de silla y por ello no vacilan en reservarles los primeros y mejores pastos. Los céspedes y hierbas que convienen á los caballos ocupan pequeño espacio en la lista de plantas valiosas para los nómadas pero constituyen las predilectas. La muerte de muchas reses se debe á que los cascos de los caballos destruyen los mejores prados cuyas plantas no

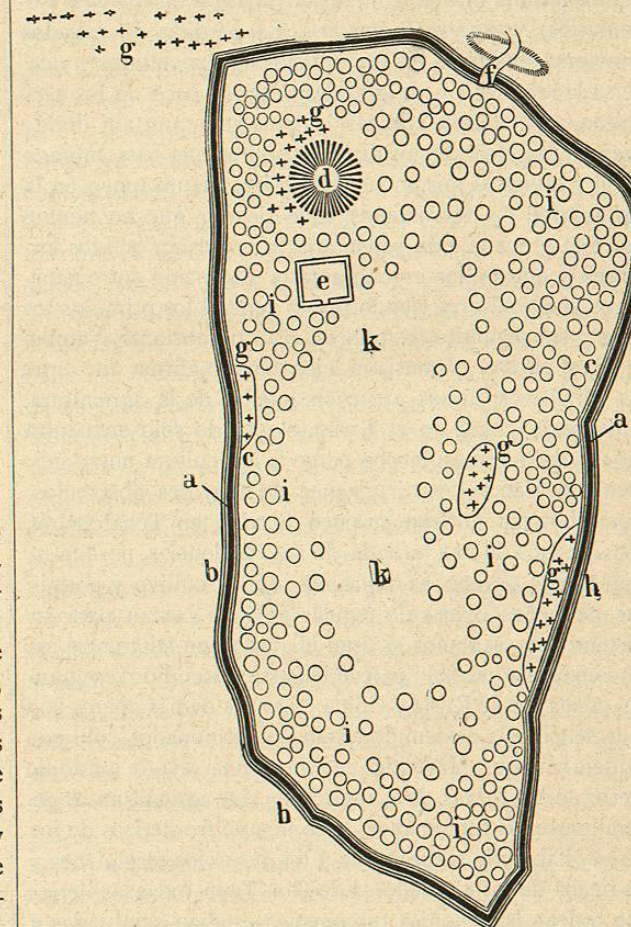
pueden luego comer los bueyes ni las ovejas que, de esta suerte, al llegar las primeras nieves se ven privadas de su alimento. La predilección por el caballo se funda en que sin él sería imposible la vida de las estepas y en que se acostumbra fácilmente al agua salada y aun la prefiere muchas veces á la dulce. Los turcomanos confinantes con Persia crían caballos de sangre árabe que educados como los caballos de carrera ingleses, se vuelven altos, delgados, largos de piernas, de cabeza pequeña, resistentes y veloces. La leyenda dice que el caballo de Jeng's-kan corría tanto que en 24 horas llevó á su amo desde Ordos al Kuku-Nor. Entre los pastores tibetanos escasean los caballos y los camellos y bueyes ceden su puesto al yac y á la oveja. El caballo proporciona al nómada algunos de los placeres que más le apasionan y la caza del mismo con el lazo es una especie de *sport* á que se dedican los más jóvenes y emprendedores. El kalmuko no arroja el lazo de lejos sino que se acerca lo más posible á su presa á la que persigue á campo travieso, por llanos y colinas, malezas y sotos hasta que la alcanza y le arrolla el lazo al cuello. Mas no por esto puede darse por cogido al fugitivo, pues á veces el lazo se escapa de manos del cazador y entonces éste se ve obligado á correr inclinando el cuerpo hasta el suelo para recoger la cuerda que va arrastrando. Cuando el caballo perseguido se detiene extenuado, el kalmuko salta en tierra y procura apoderarse del animal que se resiste y en el entretanto llegan otros jinetes en su auxilio y acercándose á pie y cautelosamente al caballo por ambos lados tratan de cogerlo por las orejas, conseguido lo cual fácilmente se logra sujetar á la indómita bestia con un cabestro. Las carreras de caballos son una de las diversiones preferidas y los teke-turcomanos las verifican desde Gok-Tepe hasta Kisil Arvat, es decir en una distancia de más de 150 kilómetros que recorren sin detenerse.

Las demás ramas de la ganadería están desigualmente distribuidas en estos países según la naturaleza del suelo, el clima y aun la tribu y la costumbre. Los kara-kalpakos del Norte del Kungrat se dedican á la cría de caballos; los que habitan en el Jaxartes y en el delta del Amu á la de bueyes y sus vecinos kirguises á la de ovejas. Los kirguises poseen más rebaños que los turcomanos, según Vambéry en proporción de 50 y aun de 100 por 1: generalmente cada tienda tiene 25 ovejas (5 por individuo), 2 ó 3 caballos, 1 buey y 1 camello.

Donde el invierno es crudo, los bueyes no viven tan bien como otros animales de la estepa, porque les es muy difícil encontrar alimento entre la nieve; además resisten menos la sed que el camello, el caballo y la oveja y su principal utilidad estriba en ser animales de carga. La leche de vaca se postergada á la de yegua y de camella y con ella no puede fabricarse el verdadero *kumys*. La cría de bueyes prospera más allí donde en el verano los rebaños pueden ser llevados al monte, como en Kohistán, en el Altai y en el Ural baskirio; en cambio en el Tibet el buey cede su puesto al yac. La manteca de muchos días es recogida con todas las porquerías y aglomerada hasta que alcanza el grado de ranciedad que parece indispensable: el hecho de servir de medio de cambio como el te en ladrillos entre los tibetanos la hace pasar por muchas manos antes de ir á parar al consumo. La manera de usarla está en armonía con estas costumbres: «Los tibetanos — escribe Kreitner — la cortan con el dedo índice y tragan con avidez todas las partes rancias. Nuestros acemileros tibetanos llevaban á menudo su provisión de manteca en las peludas bolsas de sus pieles y cuando nos deteníamos en una posada metían mano en ellas y echaban un puñado de manteca viscosa en

el te hirviendo.» Los turcos son muy aficionados al queso secado en forma de bolas.

La oveja proporciona al nómada sus principales prendas de vestir y buena parte de su alimento, y supera en número á todos los demás animales domésticos de estos pueblos: á veces hay 100 ovejas por un buey, no siendo raro, en las estepas turcomanas meridionales, encontrar rebaños de 2.000 pertenecientes á un solo individuo. En algunas comarcas del Tibet y de la Mogolia sólo se ven rebaños de ovejas y cada aldea kirguisa tiene uno destinado al madero. La oveja tibetana es grande, cornuda y de lana basta y recorre grandes distancias con una carga de 12 kilogramos: el pundit Nain Sing dice que en su viaje de Ladak á



Plano de Dingil-Tepe (Según Heyfelder).

a. Muralla. — b. Fosos exteriores. — c. Fosos interiores. — d. Colina observatoria. — e. Pequeña fortaleza. — f. Puerta de salida. — g. Fosos. — h. Frente delantero. — i. Tiendas. — k. Sitio desocupado.

Lassa, en 1873, transportó todo su equipaje en 25 ovejas, de las cuales 4 hicieron todo el trayecto de 2.130 kilómetros.

Pero la verdadera bestia de carga de las estepas asiáticas es el camello bactriano ó de dos jorobas. El camello, que en el Este es más pequeño que en el Oeste á consecuencia de ser allí el invierno más largo y los pastos pobres, no existe en el Tibet, escasea más en la Mogolia oriental que en la occidental y se le ve poco en el Este del Turkestán; lleva cargas y arrastra vehículos que utilizan los viajeros de Kalgan Urga á Urga-Uliassutai; su pelo es muy estimado para la fabricación de cuerdas, y el de invierno, que es un fieltro natural muy fino, sirve á las kirguisas para abrigo á sus niños. El camello de dos gibas se ha extendido poco por las comarcas vecinas y en el Norte de China, dentro de la gran muralla, sólo se sirven de él como animal de carga y de silla los mogoles.